

PARA UNA CELEBRACIÓN TRINITARIA, EUCARÍSTICA Y ECUMÉNICA DEL GRAN JUBILEO*

En esta singular coyuntura de inaugurar las actividades académicas de la Facultad en el gran jubileo del año 2000, considero oportuno desarrollar algunas reflexiones que ayuden a vivir este excepcional momento de la historia de la humanidad y de la Iglesia universal. Después de un período de extensa e intensa preparación, ingresamos finalmente en la fase celebratoria del gran jubileo. Han sido conjurados los presagios de colapsos informáticos forjados por un original milenarismo de cuño tecnológico y se disiparon los destellos de la espectacular pirotecnia desplegada en las grandes metrópolis para celebrar la llegada del nuevo milenio. Llegó la hora de replegarnos hacia lo interior, hacia el alma y el motivo genuino de esta celebración: *el nacimiento de Jesucristo*. Para los cristianos, este evento significa que el Verbo pronunciado en el seno del Padre fue proferido al mundo por María hace dos mil años en la cuna de Belén. Lo acontecido allí y entonces configura la plenitud de los tiempos y el centro de la historia porque el Eterno entró en el tiempo y este salió de sus confines para encontrar su cumplimiento en la eternidad de Dios (cf. TMA 9). A la vez, este evento de la encarnación del Hijo de Dios reviste *una dimensión trinitaria* porque en él se dieron a conocer las tres personas de la Santísima Trinidad, a saber:

Cuando llegó la plenitud de los tiempos *Dios* envió a su propio *Hijo*, para rescatar a los esclavos de una ley y para que recibiéramos la filiación adoptiva [...] y envió a nuestros corazones al *Espíritu* de su Hijo que clama ¡*Abbá! ¡Padre!* (cf. Gál 4, 4-6 y TMA 1c).

Propongo celebrar este acontecimiento *crisológico y trinitario* con el mismo cántico de alabanza a Dios que los pastores escucharon de los ángeles: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres amados por él" (Lc 2, 14). *Gloria a Dios en las alturas*. En el cielo los ángeles cantan la gloria de Dios revelada en el recién nacido que ya desde la eternidad es el resplandor de su gloria y que, al cabo de su existencia terrestre, dirá al Padre: "Yo te glorifiqué sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me habías encomendado que hiciera" (Jn 17, 4). Glorificado por el Hijo, glorificado por los ángeles, Dios debe ser

* Discurso de apertura del Año Académico 2000.

glorificado por todos los hombres y por la creación entera. *Paz en la tierra a los hombres amados por él*. El recién nacido, el "Príncipe de la paz" (Is 9, 5), nos trae la paz, compendio de nuestra salvación, porque nos reconcilia con Dios y con los hombres. Ella incluye a todos los *amados por Dios*, y amantes de Dios dentro de la Iglesia y lejos de ella, como dice el profeta: "¡Paz al de lejos y paz al de cerca!" (cf. Is 57, 19).

Para Dios la gloria, para los hombres la paz. Estas dos vertientes del cántico de los ángeles nos permiten dar sentido y unidad al triple estilo trinitario, eucarístico y ecuménico que debe caracterizar la celebración de este año santo, según el n° 55 de la Carta apostólica *Tertio millennio adveniente* (TMA). Para Dios la gloria, por eso en la eucaristía nos sumamos a los coros angélicos alabando y glorificando a la Santísima Trinidad; para los hombres la paz, por eso en la eucaristía nos deseamos la paz, una paz que no se circunscribe a los presentes sino que comprende a todos los hombres amados por el Señor.

I

El primer objetivo de la celebración del gran jubileo, según TMA 55a, es: "glorificar la Trinidad (*ut Trinitas glorificetur*) de la que todo procede y a la que todo se dirige, en el mundo y en la historia", y así "la celebración jubilar actualiza y al mismo tiempo anticipa la meta y el cumplimiento de la vida del cristiano y de la Iglesia en Dios uno y trino".

Esta primera razón dada por la carta apostólica no ha sido abandonada sino que acaba de recibir un interesante desarrollo por parte del Papa en dos de sus recientes catequesis, las del 21 y 28 de enero. En la primera de ellas argumenta así:

La *Trinidad* divina está en el origen del ser y de la historia y se halla presente en su *meta última* [...]. Antes de la creación y como fundamento de ella, la revelación [Gn 1, 1 y Jn 1, 1] nos hace contemplar el misterio del único Dios en la trinidad de las personas: *el Padre y su Palabra, unidos en el Espíritu* [...]. En la Jerusalén celestial, el origen y el fin se vuelven a unir. En efecto, *Dios Padre* se sienta en el trono [...]. A su lado se encuentra el Cordero, es decir, *Cristo* [...]. Y al final [...] el *Espíritu* ora en nosotros y, juntamente con la Iglesia, la esposa del Cordero, dice: "Ven, Señor Jesús" [cf. Apoc 21, 5.23 y 22, 17].¹

1. *L'Osservatore Romano* 3, 21/1/2000, (27) 3.

A esta primera razón, la carta apostólica agregaba otra: la glorificación de la Trinidad es el resultado del trienio preparatorio, estructurado trinitariamente según el singular orden “desde Cristo y por Cristo, en el Espíritu Santo, al Padre” (TMA 55a).²

Pero ¿por qué la glorificación? Porque, según la misma carta apostólica, “el jubileo del año 2000 quiere ser una gran plegaria de alabanza y de acción de gracias, sobre todo por el don de la encarnación del Hijo de Dios” (TMA 32a, cf. 49b). Nuestra glorificación de la Trinidad debe corresponderse con la gloria del Padre revelada en la encarnación del Hijo unigénito (Jn 1, 14). Por eso, a la manifestación de la gloria de Dios en la cuna de Belén sigue la reacción de los pastores que “volvieron, alabando y glorificando a Dios por todo lo que habían visto y oído” (Lc 2, 20). Con este glorificar o alabar a Dios no se trata para nada de “dar” a Dios algo de lo que él carecería o que él necesitaría. Como dice un prefacio de la misa: “Pues aunque no necesitas nuestra alabanza ni te enriquecen nuestras bendiciones, tú inspiras nuestra acción de gracias para que nos sirva de salvación”.³ De lo que se trata es de referir a Dios esa manifestación, de asombrarse ante las maravillas de Dios. Pero para esto hace falta un saber donado por Dios: “El Señor dio a los hombres la ciencia, para ser glorificado por sus maravillas” (Ecli 38, 6). Por eso, dice el Papa en la segunda de las catequesis antes mencionadas:

Frente a la gloria de la Trinidad en la creación el hombre debe contemplar, cantar, volver a sentir *asombro*. En la sociedad contemporánea la gente se vuelve árida, “no por falta de *maravillas* sino por no saber *maravillarse*” (C. K. Chesterton).⁴

La lógica que conecta la glorificación humana con la manifestación de la gloria divina se corresponde con los dos sentidos de la expresión “gloria de Dios” en la Biblia y en la Tradición.⁵ Con el movimiento ascendente de la “glorificación” (*gloria “subjetiva”*), el hombre responde al movimiento descendente de la “revelación de la gloria” y de las “maravillas” de Dios, iniciadas en la creación del mundo y del hombre, continuadas en la historia de la salvación y consu-

2. Hemos justificado esta tríada singular desde Gál 4, 4-6, en AA. VV., *El misterio de la Trinidad en la preparación del gran jubileo*, Buenos Aires, 1998, 144.

3. *Misal romano*, Prefacio común IV.

4. *L'Osservatore Romano* 4, 28/1/2000, (39) 3.

5. P. DESEILLE, P. ADNÈS, “Gloire de Dieu”, en *Dictionnaire de Spiritualité*, 421-487.

madras en la misión y encarnación de su Hijo (*gloria "objetiva"*), tres maravillas que, curiosamente, se corresponden con el célebre dicho del padre del racionalismo, René Descartes:⁶ "Tres maravillas hizo el Señor: la creación de la nada, el libre albedrío y el Hombre-Dios".

Aquellos dos sentidos, ascendente y descendente o "subjetivo" y "objetivo", de la gloria de Dios, afloran en el quiasmo que configuran las tres frases de TMA 6c:

(A¹) Jesucristo es la recapitulación de todo (cf. Ef 1, 10) y a la vez el cumplimiento de cada cosa *en Dios*: cumplimiento que es *gloria de Dios*. (B) La religión fundamentada en Jesucristo es *religión de la gloria*, es un existir en vida nueva para *alabanza de la gloria* de Dios (cf. Ef 1, 12). (A²) Toda la creación, en realidad, es *manifestación de su gloria*; en particular el hombre (*vivens homo*) es epifanía de la *gloria* de Dios, llamado a vivir de la plenitud de la vida en Dios.

Mientras las frases iniciales y finales (A¹ A²) denotan el sentido descendente de la *manifestación de la gloria de Dios* en la encarnación del Verbo y en la creación del mundo y del hombre, la frase intermedia (B) reviste claramente el sentido ascendente de la *alabanza humana*. Ahora bien, esta "*religión de la gloria*", este "existir en vida nueva para alabanza de la gloria de Dios" (TMA 6c) tiene su expresión por antonomasia en la *doxología*, es decir, en el *glorificar, alabar, bendecir y dar gracias a Dios* por su gloria⁷ y por sus "maravillas".⁸ Glorificar, bendecir, alabar, dar gracias son las habituales traducciones del hebreo *berek*.⁹ Pero, a diferencia de la *bera-*

6. *Tria mirabilia fecit Dominus: res ex nihilo, liberum arbitrium et Hominem Deum*. R. DESCARTES, *Cogitationes privatae*, Ed. Adam-Tannery, X, 228.

7. "Que Dios sea *glorificado* en todas las cosas, *por Jesucristo*. ¡A él sea la *gloria* y el poder, por los siglos de los siglos! [...] Amén" (1 Ped 4, 11). "*Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos*" (Apoc 5, 13; cf 7, 12).

8. "¡Canten al Señor [...] pregonen todas sus *maravillas*! ¡*Gloríense* en su santo Nombre!" (Sal 105, 2). "Te *dox* *gracias*, Señor, de todo corazón y proclamaré todas tus *maravillas*" (Sal 9, 2). "¡*Bendito* sea el Señor! Él me mostró las *maravillas* de su amor en el momento del peligro" (Sal 31, 22).

9. δοξάζειν, εὐλογεῖν, εὐχαριστεῖν (glorificar, bendecir o alabar, dar gracias)... son las habituales traducciones del hebreo *berek*: A. STUIBER, art. *Doxologie*, RAC IV 211. Para otras precisiones ver J. M. SÁNCHEZ CARO, "Eulogia y Eucaristía. La alabanza a Dios Padre", en AA. VV., *Eucaristía y Trinidad* (Semanas de estudios trinitarios, XXIV), Salamanca, 1990, 11-44, esp. 13 s. y 42.

kah, la doxología cristiana no suele configurar una plegaria autónoma sino sólo el final de la plegaria, como ocurre con la doxología del *Padre Nuestro* (“¡Tuyo es el Reino, el poder y la gloria por siempre Señor!”) y con la “pequeña doxología” trinitaria¹⁰ del *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo* que suele cerrar la mayoría de nuestras oraciones y que proviene de la época de la controversia con el arrianismo.¹¹

Por cierto, la glorificación de Dios debe configurar toda la vida del cristiano, como manda san Pablo: “sea que ustedes coman, sea que beban, o cualquier cosa que hagan, háganlo todo *para la gloria de Dios*” (1 Cor 10, 31). La traducción trinitaria de este imperativo paulino absorbió el rápido atardecer de la vida de la beata Isabel de la Trinidad, aquella que adoptó el nombre de “sor *Laudem Gloriam*”. En su último retiro dejó escritos, como canto del cisne, estos pensamientos:

Una alabanza de gloria es *un alma que mira fijamente a Dios* en la fe y la simplicidad, es un *reflector* de todo lo que él es; un *abismo* sin fondo en el cual él puede derramarse, un *crystal* a través del cual él puede brillar y contemplar todas sus perfecciones y su propio esplendor [...]. Una alabanza de gloria es un estar *siempre en la acción de gracias* [...]. En el *cielo de la gloria* los bienaventurados no descansan diciendo: “Santo, Santo, Santo el Señor omnipotente” [...]. En el *cielo de su alma* la alabanza de gloria comienza ya su oficio de la eternidad. Su cántico es ininterrumpido pues ella está bajo la acción del Espíritu Santo que obra todo en ella... En el cielo de nuestra alma seamos ALABANZA DE GLORIA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.¹²

II

Pero la glorificación y alabanza de la Trinidad debe ocurrir no sólo en el *cielo* de la gloria y del alma en gracia sino en el *cielo* de la *celebración eucarística*. Así como en la misa resuena el triple “Sanctus” de los

10. Así llamada para diferenciarla de la “gran doxología” del *Gloria in Excelsis* de la Misa.

11. Dirigida “al Padre, *junto* (μετά) al Hijo, *con* (σύν) el Espíritu Santo”; esta doxología reemplazaba a la más antigua, dirigida “al Padre, *por* (διού) el Hijo *en* (έν) el Espíritu Santo” para alejar todo peligro de subordinacionismo. Cf. A. STUIBER, art. *Doxologie*, RAC IV, 221-222.

12. M.-M. PHILIPON, *La doctrina espiritual de sor Isabel de la Trinidad*, trad. H. Ruiz Olmos, Buenos Aires, 1943, 136-137.

Serafines (Is 6, 3), también en ella y no sólo en el silencio del alma se expande el tema del cántico navideño de los ángeles, sobre todo con las ricas variaciones que le aportó el *Gloria in excelsis Deo*. Fueron estas variaciones las que explicitaron la glorificación de la Trinidad estructurándola, en consonancia con el modo de orar de los primeros siglos, en una *alabanza a Dios Padre por intermedio de Cristo en la unidad del Espíritu*. En la alabanza inicial quedó reunida toda la gama de vocablos asociados a la doxología (“Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias por tu grande gloria”) mientras que en la larga letanía de nombres divinos quedó satisfecho el propósito de glorificar a las personas divinas. Así la primera persona divina es glorificada tanto en su majestad trascendente (*Señor Dios, Rey de los cielos*) como en el despliegue de su poder creador y salvador (*Dios Padre todopoderoso*). En forma análoga, la segunda persona divina es glorificada tanto en su ser eterno (*Señor Hijo unigénito Jesucristo*) como en su gesto salvífico (*Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*). A la perspectiva sufriente y expiatoria puesta por Juan en boca del Bautista, el *Gloria* asocia la visión triunfante del Apocalipsis en donde el Cordero de Dios, sentado a la diestra del Padre, recibe la glorificación de los santos y los ancianos en la liturgia celestial. Pero la invocación del Cordero de Dios trueca la doxología en súplica que regresa al *Kyrie* inicial de la misa (*Ten piedad de nosotros [...]. Recibe nuestras súplicas*). Y el himno que empezó con la alabanza de Dios Padre y que culminó con la exaltación del Hijo concluye asociando a ambos al Espíritu Santo en *paridad de gloria*: “con (σύν) el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre”. Así reúne la antigua doxología (gloria al Padre *por* el Hijo) con la nueva doxología (con el Espíritu Santo) que Basilio forjó para desvirtuar todo resabio arriano.

Para conectar entre sí los objetivos trinitarios y eucarísticos de este año jubilar, baste haber presentado el *Gloria in excelsis* como uno de los contextos eucarísticos para la doxología trinitaria,¹³ agregando el dato de que el Congreso eucarístico internacional, a celebrarse en Roma, será inaugurado precisamente el domingo 18 de junio, dedicado a la Santísima Trinidad. El n° 55b de la carta apostólica introduce este evento, justificándolo con estas razones.

13. Al análisis del *Gloria in excelsis* podría sumarse el canon o plegaria eucarística. Pero esto desborda el marco del presente trabajo. Para ello puede consultarse, junto al citado trabajo de J. M. SÁNCHEZ CARO (*Eulogia y Eucaristía*), su anterior monografía: *Eucaristía e historia de la Salvación. Estudio sobre la plegaria eucarística oriental*, Madrid, 1983.

Siendo Cristo el único camino al Padre, *para destacar su presencia viva y salvífica* en la Iglesia y en el mundo, se celebrará en Roma, con ocasión del gran jubileo, el Congreso eucarístico internacional. El 2000 será *un año intensamente eucarístico*: en el sacramento de la eucaristía, el Salvador, encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como *fuerza de vida divina*.

Así, al motivo *doxológico* se suma el *anamnético* o rememorativo: lo acontecido en Nazaret y en Belén hace dos mil años no queda arrinconado en el pasado, reducido al recuerdo, porque *en el presente* el Salvador “continúa ofreciéndose a la humanidad como *fuerza de vida divina*” gracias al sacramento de la eucaristía. El *mismo ofrecimiento* iniciado en la encarnación y consumado en la cruz se perpetúa en el “pan de Dios que [...] da la vida al mundo” (Jn 6, 33). *La misma vida* que circula por el Padre y el Hijo en identidad substancial es participada por quienes se alimentan del Hijo en comunión sacramental: “Así como vive el Padre que me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí” (Jn 6, 57). Esta *comunión* de vida entre el Padre y el Hijo, de la que participamos por el Pan de vida, no acontece al margen del Espíritu pues “el Espíritu es el que da la vida; la carne sola no aprovecha para nada. Mis palabras que yo os he hablado son Espíritu y Vida” (Jn 6, 62-63). Esta conjunción de la *Vida* (del Padre), de la *Palabra* (de Jesús, el Pan de vida) y del *Espíritu* (vivificador), manifiesta a la eucaristía como fuente de *comunión* con la vida trinitaria.

III

Para finalizar nos preguntamos si tanto el objetivo doxológico de este año jubilar –glorificar la Trinidad– como el anamnético –rememorar la presencia del Señor en la eucaristía– arrojan su luz peculiar sobre el tercer objetivo –*ecuménico y universal*– propuesto por el n° 55c de la carta apostólica:

La dimensión *ecuménica y universal* del sagrado jubileo se *podrá* evidenciar oportunamente en un significativo *encuentro pancristiano*. Se trata de un gesto de gran valor y, por esto, para evitar equívocos, se debe proponer correctamente y preparar con cuidado, en una actitud de fraterna colaboración con los *cristianos de otras confesiones* y tradiciones, así como de afectuosa apertura a *las religiones*

cuyos representantes manifiesten interés por la alegría común de todos los discípulos de Cristo.

Este “encuentro pancristiano” previsto en la carta apostólica no figura como tal en el calendario oficial del año jubilar, limitado a las celebraciones *romanas*. Pero, por otra parte, esta misma carta apostólica se adelantaba a moderar las ardientes expectativas de la “plena comunión” (TMA 16a), inspiradas en la plegaria de Cristo, con el realismo de las aproximaciones razonables a este ideal, de modo que...

...ante el gran jubileo nos podamos presentar, *si no del todo unidos*, al menos mucho *más próximos a superar las divisiones del segundo milenio* [...]. Hay que proseguir en el diálogo doctrinal, pero sobre todo esforzarse más en la oración ecuménica [...] en sintonía con la gran invocación de Cristo, antes de la pasión: “que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros (Jn 17, 21) (TMA 34d).

A aquel recaudo y a esta plegaria de Cristo remitía el Papa el pasado 31 de octubre cuando los representantes de la Iglesia Católica y de la Federación Luterana Mundial firmaban una *Declaración común sobre La doctrina de la justificación por la fe*. En este documento veía el Papa, por cierto, “una fase intermedia”, pero a la vez...

...una base segura para proseguir la *investigación teológica* ecuménica [...] una valiosa contribución a la purificación de la *memoria histórica* y al testimonio común [...] una significativa respuesta a la voluntad de Cristo, que, antes de su pasión, oró al Padre para que sus discípulos fueran *uno* (Jn 17, 21).¹⁴

En un sentido parecido se expresó el Papa el pasado 18 de enero, inicio del *Octavario de oración por la unidad de los cristianos*:

Sabemos que somos hermanos *aún divididos* pero ya estamos encaminados... por la senda que lleva a la *plena unidad* del cuerpo de Cristo.¹⁵

14. *L'Osservatore Romano*, n. 45, 5/11/99, (613) 1. En sentido parecido, ver W. KASPER, “Un motivo de esperanza”, en *L'Osservatore Romano*, n. 5, 4/2/2000, (58 s.) 10-11.

15. Homilía del 18/1/2000, *L'Osservatore Romano*, n. 3, 21/1/2000, (29) 5.

Pero ahora el tema de la unidad no logra borrar los claros contornos de la distinción. Si la unidad de los cristianos debe plasmarse a imagen y semejanza de la vida trinitaria, esta ahora pasa a ser modelo no sólo por la unidad de las personas divinas del Padre y del Hijo sino, además, por su distinción (cf. *ibidem*).¹⁶

La carta apostólica (TMA 55c) incluía una afectuosa apertura a *las religiones* interesadas por la unificación de los cristianos. Esta perspectiva no estaba ausente del trienio preparatorio donde, luego de encarar en su primer año la unidad entre los cristianos (TMA 41) y, en el segundo, la unidad intraeclesial (TMA 47), quiso apuntar, el año pasado, a un “diálogo con las grandes religiones” (TMA 52). Ahora bien, en el final del encuentro interreligioso celebrado en Roma y Asís del 25 al 28 de octubre, el Santo Padre saludó “con la paz que el mundo no puede dar” y la propuso como meta del encuentro interreligioso:

La religión y la paz van juntas: desencadenar una guerra en nombre de la religión es una contradicción evidente. Los líderes religiosos deben mostrar claramente que están comprometidos en *promover la paz, precisamente a causa de su creencia religiosa*.¹⁷

Esta paz es también “de este mundo”, paz de las naciones y de los pueblos. Pero en cuanto “no dada por este mundo”, ella es fruto de “una continua invocación de la asistencia del Espíritu Santo” y ella culmina en la *plena comunión* eucarística.

Así terminamos de conectar mutuamente los tres objetivos de la fase celebratoria del jubileo: la glorificación de la Trinidad debe expresarse en la celebración eucarística, la cual está impregnada por la doxología trinitaria; de la unidad de la Trinidad se deriva la unificación de los cristianos y de la comunión eucarística dimana la paz que los cristianos deben promover en el encuentro interreligioso.

A su vez, estos tres objetivos –trinitario, eucarístico y ecuménico– se corresponden con una plegaria que reviste, respectivamente, dimensiones doxológicas, anamnéticas y epicléticas. Glorificando a la Trinidad, la *doxología* culminará en la alabanza al Padre de nuestro Señor Jesucristo (TMA 49c, cf. Ef 1, 3). Recordando que Cristo,

16. Pero reconociendo que “en los fieles [hay], *unión* de caridad en la *gracia*, en las personas divinas, unidad de *identidad* en la *naturaleza*”: CONCILIO IV DE LETRÁN. Cf. Denz-Hü 806.

17. *L'Osservatore Romano*, n. 45, 5/11/99, (618) 6.

“encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina”, la *anámnesis* eucarística celebrará su presencia viva y salvífica en la Iglesia y en el mundo (TMA 55c). Y en pos de la tan esperada y diferida unidad de los cristianos y paz de los hombres amantes de Dios, la *epiclesis* debe dirigirse con “una súplica más sentida al Espíritu Santo, implorando de él la gracia de la unidad de los cristianos” (TMA 34c).

En la prosecución de aquellos objetivos, el teólogo deberá prestar su aporte específico que es el del pensamiento y el de la palabra. Pero ante el misterio trinitario y ante este misterio de los hombres que deficientemente reflejan su unidad, su comunión y su amor, el teólogo deberá consolidar y fecundar su discurso arrodillándose en oración y adoración.

Ricardo Ferrara